
 CAPITULO XXXI.

Recepcion en los Estados-Unidos de la obra del capitan
Basilio Hall.



Estando ya casi al término de nuestros viajes, quisiera, antes de concluir, volver á mencionar lo que considero como uno de los rasgos que mas determinan el carácter nacional de los Americanos, á saber esa sensibilidad exquisita, esa irritabilidad extremada respecto de cuanto se habla ó escribe acerca de ellos. De esto no puedo citar quizas egemplo mas chocante que el del efecto producido en casi toda clase de lectores por la publicacion de los « Viajes por la América del Norte » del capitan Basilio Hall. A la verdad fué una especie de terremoto moral, y la vibracion que ocasionó en todos los nervios de la república desde un extremo á otro de la Union, no se habia calmado todavía, cuando salí de aquel pais en julio de 1831, dos años despues del sacudimiento.

Yo me hallaba en Los-Cincinatos cuando

salió esta obra á luz, pero hasta el mes de julio de 1830 no me fué posible conseguir un egemplar. Un librero á quien llegué á pedirle, me dijo que habia tenido en efecto unos cuantos egemplares antes de conocer la índole de la obra, pero que habiéndose enterado despues, por ninguna cosa del mundo venderia otro egemplar. Otras personas de su oficio no deben haber sido tan escrupulosas, porque los « Viajes del capitan Hall » se leian en la ciudad, en el campo, en las aldeas, en las granjas, en las rancherías, en el vapor, y en la diligencia, y era un grito universal de alarma que no ha tenido egemplo en tiempo ni pais alguno.

Para mí fué ciertamente una casualidad afortunada no poder encontrar esos volúmenes hasta que todo el mundo hablaba de ellos, porque la curiosidad que me aguijoneaba por saber el contenido de una obra tan violentamente anatematizada por todo un pueblo, me indujo á hacer investigaciones que provocaron la manifestacion de mui curiosos sentimientos.

Yo creo que siempre se han considerado como bellos rasgos de carácter é indicios de una buena índole ese ardiente deseo con que se solicita la aprobacion de los otros, y la sensibilidad delicada con que se sufre toda censura;

pero el trance en que la obra del capitán Hall puso la república, manifiesta de una manera palpable que cuando estos sentimientos se llevan al exceso, producen una flaqueza que raya con la tontería.

Hubiera dejado atónito á cualquiera oír á hombres, que en otras materias mostraban un juicio sano, enunciar sus opiniones en esta. Yo no me acuerdo de haber escuchado una vez sola un raciocinio en que no ahogara la pasión el buen sentido que generalmente se encuentra en la crítica nacional. No hablo de la falta de justicia, y de una interpretación exacta y leal; esas prendas tal vez no debían esperarse. De los individuos de otras naciones se ha dicho que tienen el cútis delicado, mas los ciudadanos de los Estados-Unidos aparentemente no tienen pellejo, según respingan y cocean cuando los toca el aire, á no ser que soplen templado con la adulación. No era pues de extrañar que las agudas y terribles observaciones de un viajero que ellos sabían que sería oído, fuesen recibidas tan agriamente. Lo extraordinario del negocio consistía, primero, en el exceso de rabia á que se entregaban, y, segundo, en la puerilidad de las invenciones que se forjaban para explicar la severidad, con que se les figuraba que habían sido tratados.

No contentos con declarar que los tales vo-

lúmenes no contenían una sola palabra de verdad desde el principio hasta el fin, asercion que oí repetir casi siempre que se hacia mencion de la obra ó de su autor, todo el país se echó á campo travieso para descubrir las causas que habían llevado al capitán Hall á los Estados-Unidos, y que habían producido la publicación de sus viajes.

Entre otras cosas oí decir con tanto aire de certidumbre y gravedad, como si fuera una declaración formal de alguna autoridad infalible: que el capitán Hall había sido enviado por el gobierno inglés á América, á fin de poner una barrera á la admiración creciente que excitaba en Inglaterra el gobierno de los Estados-Unidos, — que había hecho su viage pagado por el tesorero, y — que por orden superior había encontrado en todo lo que había visto en aquel país.

Ni se entienda que las interpretaciones que cito eran hablillas de esta ó la otra reunion; esto persuadida que tal es la creencia de una parte muy considerable de la federacion: porque es tan profundo el convencimiento en que vive ese pueblo singular de que nadie lo puede ver sin admirarlo, que jamás admitirán la posibilidad de que persona alguna descubra sinceramente y con honradez la menor cosa que desaprobar en ellos ó en su nacion.

En Filadelfia ví un librito sin nombre de autor, escrito con la intencion de manifestar que el capitán Basilio Hall no merecia crédito ni asentimiento, porque no solamente habia calumniado á los Americanos, sino era persona por otras muchas razones de una conducta mui equívoca, en cuanto á moral y principios. Como prueba de esta asercion se presenta entre otras la cita de la relacion jocosa siguiente, relacion en que describe sus apuros por falta de una campanilla. El comentador llama esto un ejemplo de repugnante grosería.

« Un dia, era ya tarde para el almuerzo, y como no habia agua en mi jarro, salí mas que de priesa á medio afeitar, á medio vestir y algo mas que medio incomodado, buscando agua, como un marino á cuarto de racion se echa á buscar un arroyo en una playa desconocida. Subí, bajé las escaleras, y entrando en descubierta en una media docena de habitaciones diferentes, hubiera podido caer en la estancia de una dama, como dice la cancion, lo que, considerando el estado en que nos habriamos visto, hubiera sido harto embarazoso... »

Otro ejemplo de esta grosería moral es, segun el mismo crítico, el pasaje en que el capitán Hall dice que en todo el tiempo que estuvo en los Estados-Unidos jamas vió un *jaleo*.

Tambien iba de boca en boca la reconven-

cion de ingratitud. Que él mismo declare la buena acogida en invariable agasajo con que fué siempre recibido, y que al mismo tiempo censure el pais era una contradiccion que todo el mundo citaba como testimonio concluyente de la ingratitud mas infame que hubiera podido abrigar jamas el corazon de un hombre. Una vez me aventuré yo á preguntar delante de unas doce personas ¿si no seria mayor tacha en un escritor dejarse seducir por los halagos particulares para adular los hechos que presentarlos conforme á la verdad, resistiendo á toda especie de consideracion personal?

« ¿ Los hechos? exclamó á una voz todo el corro; hechos! — Si digo que no hai una palabra de hechos desde el principio hasta el fin. »

Las revistas americanas son en gran parte, me parece, conocidas en Inglaterra, asi que no necesito citarlas; pero algunas veces me ha causado extrañeza que á ninguna de ellas se le haya ocurrido traducir en americano clásico el curso de Obadias. Si lo hubieran hecho poniendo (él, Basilio Hall) entre paréntesis, en lugar de (él, Obadias), se hubieran quitado de encima un mundo de peso.

Difícil seria describir mi curiosidad, cuando habiendo al cabo adquirido la suspirada obra, me senté á leer sus tremendas páginas, y mucho mas difícil seria hacer justicia á la sorpresa

que sucedió á la curiosidad, despues de haberlas leído, decir que no encontré en ellas ni una sola observacion exagerada en toda la obra, no es decir lo bastante. Es imposible que las personas que hayan visto el pais, no se convenzan de que el capitan Hall buscó cosas que admirar con un deseo vivísimo de encontrarlas y encarecerlas. Cuando alaba, lo hace con un placer evidente, y con una evidente repugnancia y contra su gusto censura, cuando tiene que censurar, excepto en los casos en que impelido por motivos puramente patrióticos; se ve obligado á sentar lisa y llanamente, lo que su patria debe saber para su instruccion y provecho.

El hecho es que el capitan Hall ha obtenido las mayores ventajas que puede un viajero desear para ver un pais, y así ha recorrido los Estados-Unidos. Con excelentes cartas de recomendacion por supuesto para los personajes mas distinguidos, y con la recomendacion todavía mas influente de su fama, en todas partes lo han recibido con todo el aparato del ceremonial y la etiqueta de confin á confin de la federacion. El pais se ha presentado á sus ojos vestido de gala, y ofreciéndole poca ó ninguna oportunidad de juzgarlo sin sacramentos, sin uncion, pobre y desamparado hasta en los últimos instantes, con todas sus imperfecciones

sobre el rostro, como mi familia y yo lo hemos visto á menudo.

El capitan Hall ha tenido ciertamente ocasiones excelentes para estudiar la forma del gobierno y familiarizarse con las leyes, y además para recibir sobre aquella y estas los mejores comentarios verbales, en el trato con los mas ilustres varones de la república. De estas ocasiones ha sacado un partido inmenso; nada se ha ofrecido á su vista que no haya obtenido esa especie de atencion analítica que solamente puede prestar un viajero experimentado y filósofo. De aquí el grande interes y la importancia de sus « Viajes ; » pero , si un hombre con igual penetracion visitara los Estados-Unidos, sin mas medios para estudiar el carácter nacional que el comercio ordinario de la vida de todos los dias, yo estoi íntimamente persuadida de que formaria una idea mas baja aun de la atmósfera moral del pueblo anglo-americano que la que manifiesta el capitan Hall; y por otra parte tengo el firmísimo convencimiento de que, si el capitan Hall no se hubiera retenido, todavía hubiese expresado una indignacion mas alta que la que muestra contra muchos puntos del carácter americano que, como aparece de otras circunstancias, tan á fondo conocia. Su regla, juzgando por lo que se ve, ha sido no decir mas de la verdad

de lo que bastaria para grabar una impresion justa en la mente de sus lectores, y causar el menor disgusto posible á la irritable gente de quien escribe. Asienta sus propias opiniones y sus sentimientos, y deja conocer que ha tenido sobrado fundamento para adoptar los unos y los otros; mas se percibe que evita á los Americanos la amargura que el pormenor de las circunstancias hubiera debido producir.

Si á cualquiera se le antojara decir que el origen de mi opinion es una mala antipatia á doce millones de extrangeros que yo no conozco, sufriré resignada un fallo tan injusto, y ciertamente no iria yo á provocar por mero capricho las injurias que mis ideas me deben grangear. Empero no es una opinion vaga, un sentimiento inútil, mas hai que opinion y sentimiento en mi sacrificio. Yo sé que entre los mejores, mas religiosos, mas benévolos de mis compatriotas, hai centenares, por no decir miles, creidos en su alma y conciencia de que la libertad política y religiosa (tal cual existe entre los Americanos del Norte) seria para nosotros un beneficio. Cuantas veces hubiera yo querido, durante mi residencia en aquella region, que uno de esos concienzudos pero mal engañados pensadores, poseyendo toda la confianza de su patria, pasara unos pocos años en los Estados-Unidos, parte entre las masas del

pueblo que forma los diferentes escalones de aquella nueva sociedad, para lo bastante conocerlas; parte fuera de ellas, mas lo suficiente para poder averiguar las causas y comprender bien la extension de los efectos. Entonces podriamos esperar una leccion saludable que enseñara á nuestros filántropos alucinados á temblar al mas ligero síntoma de poder democrático entre nosotros—una leccion que haria temblar á nuestros mismos sectarios con solo el pensamiento de abatir la iglesia establecida, porque aprenderian á costa de un terrible ejemplo que ella es el baluarte que nos protege contra los tenebrosos horrores de la supersticion fanática por una parte, y contra los asaltos mas terribles todavía de la incredulidad por la otra. Y mas que todo, ese hombre veria tan claro como la luz, que donde quiera que todas las clases de la sociedad se afanan por adquirir dinero, y ninguna piensa en gastarlo, no queda tiempo para pensar en la honradez ni fuerza para poner en práctica sus severas doctrinas. En un pais en que cada uno está empleado en estudiar, cómo sacar mas ventajas de los tratos que entable con sus compatriotas y amigos; ¿dónde se hallará la clase honrada, para la cual son de necesidad absoluta como introduccion esencial los principios y la observancia de los sentimientos caballerosos?

Que en América haya hombres de poderoso ingenio, de corazón benéfico, y de elevación de sentimientos morales, cosa es que yo no ignoro, y aun podría, si alguno arrojara el guante, nombrar individuos que nadie en el mundo les lleva ventaja en esas partes; pero ellos son excelentes á despecho de sus instituciones, no en consecuencia de sus instituciones. No son esos los que llaman enredos y falsedades las aserciones del capitán Hall, ni de ellos temo las injurias que van á hacer llover sobre mí estas páginas. Yo confío solamente en que tendré bastante fuerza para dominarme y seguir el ejemplo de mi predecesor, que en su obra recientemente publicada con el título de « Fragmentos, » asegura no haber leído ninguna de las críticas de los Americanos. Ha obrado con juicio, si ha querido conservar una chispa de sus buenas disposiciones hácia la América del Norte; y al mismo tiempo ha perdido muy poco en punto á utilidad crítica, porque generalmente hablando, se reduce lo más de lo que han escrito á personalidades groseras ó á quejas contra su ingratitud é inicua conducta, quejas que sorprende ver que haya quien las propale.

Los chistosos párrafos que siguen, extractados de los « Fragmentos » deben en mi entender embarazar mucho á los Americanos. Quizá pensarán que el capitán Hall quiere

pica rlos, cuando dice que no ha leído ninguna de sus críticas; mas yo toco en estos pasajes la evidencia certera de que ese aserto no se aparta un ápice de la verdad. Si el capitán Hall hubiese leído una *cincentésima* parte del vituperio con que han intentado desacreditar sus « Viajes » y que yo he tenido la desgracia de hojear, con dificultad se hubiera resuelto á escribir lo que sigue.

Si los Americanos se niegan todavía á cerrar la mano que les ofrece con la honrada llaneza y franca cordialidad de un verdadero *John Bull* (*) de los tiempos de antaño, sin duda son peores de lo que yo los creía.

El capitán Hall, después de describir la buena acogida y agradable hospitalidad que recibió primeramente en una casa de posadas en Nueva-Yorc, continua así: — « Si vive todavía nuestra huésped, yo espero que jamás se arrepentirá de haber prodigado tantas y tan agradables atenciones á un hombre, que algunos años después ha tenido quizás la desgracia de hacerse más *anti-nacional* que él quisiera, en un pueblo á quien tanto debe y á quien realmente profesa tanto afecto. Sin embargo todavía espera con la más viva solicitud que lo

(*) Como si dijera de un verdadero Juan Manso, de un verdadero Lain Calvo; pero nosotros, que yo sepa, no tenemos todavía una personificación admitida ni nacional ni provincial.

crean, cuando les declara, que, habiendo dicho en su última publicacion nada mas de lo que en su juicio era debido á la verdad rigurosa, y á la integridad de la historia, en cuanto sus observaciones y sus ideas alcanzaron, aun conserva, como siempre ha conservado y siempre conservará el mas cordial afecto y buena voluntad á la América.

» Los Americanos estan repitiendo sin cesar que la piedra fundamental de su libertad estriba en la doctrina de que todos los hombres son libres, y tienen el derecho de formarse sus opiniones, y publicarlas con candor y moderacion. ¿Se indica en esa doctrina que un extranjero está excluido de la participacion de tales privilegios? Sino, podré preguntar: ¿En qué he traspasado yo los límites de esos privilegios? Los Americanos no tienen ciertamente derecho para darse por ofendidos, porque mi manera de ver y de pensar sea diferente de la de ellos; no obstante me han asegurado que la prensa de aquel pais me trata á la baqueta. Si no se cree la sinceridad de mis razones, solo diré que soi amargamente calumniado. Si me equivoco, mas digno seria compadecer mi ceguedad política, que irritarse contra mí, porque mis opiniones difieren de las suyas; y si por casualidad tengo razon, la confirmacion mas directa y decisiva de la exac-

titud de mis observaciones, en el concepto de toda persona indiferente, resultará quizás del mismo encono de los que se resienten, cuando les dicen la verdad.

» No obstante pocas cosas, á pesar de todo, serian tan gratas á mi corazon como saber que mis amigos de ultramar aceptaban mi palabra, y que, considerando lo que de ellos he escrito, bajo el punto de vista de las materias públicas á que en efecto pertenece, consentian en contar conmigo ausente, como siempre lo hacian cuando me hallaba entre ellos, y esto cierto de que me recibirian, si volviera á su pais, como á un amigo particular. Mis opiniones políticas eran diferentes de las suyas, y lo son ahora de la misma manera que entonces; pero deseo con sinceridad que como individuos sean felices, y me alegraré que prosperen como nacion. Como dicen los Persas, ¿Qué mas puedo decir? ¡Ojalá que estas pocas palabras contribuyan á reconciliarme con un pueblo que se alaba justamente de no sufrir la malicia! En cuanto á mí nada tengo que olvidar, porque he evitado con el mayor estudio la lectura de las críticas que de mi libro hayan podido hacer los Americanos á fin de no menguar los sentimientos amistosos que conservo á su pais. Tal vez he perdido la ocasion de instruirme y de rectificar mis primeras im-

presiones, si son erróneas; pero hago tanto caudal de los recuerdos agradables de mi viaje, y de la memoria que ha dejado en mi alma la hospitalidad con que en todas partes fué acogida mi familia, que con razon, ó sin ella, no puedo resolverme á leer cosa alguna que perturbe mis halagüenos pensamientos. Asi que separémonos amigos, ó mas bien volvamos á juntarnos con una amistad ingenua, y si este pobre libro acierta á cruzar las olas del Atlántico, que lo lean sin recordar lo que ha pasado entre nosotros, ó en todo caso sin recordar mas de aquellas partes de nuestras antiguas relaciones, que puedan ser satisfactorias á todos los interesados. » (*Hall's Fragments*, Vol. I, p. 200. (*))

Me parece que es imposible leer no solo estos trozos sino otros muchos de los deliciosos tomitos que contienen los « Fragmentos, » sin apercibirse de que su autor es tan poco digno de la reputacion de rudeza y mala voluntad como el hombre que menos acreedor fuere á tal concepto.

Al leer en América la obra del capitán Hall, la observacion que, si mal no me acuerdo, excitó mas profundamente mi atencion, y que sin la menor duda estaba en armonía completa con mis propias ideas, es la siguiente:

(* *Fragments de Hall*, 1 vol., pág. 200.

« En todos mis viajes, sea por los países de los infieles ó por los de la cristiandad, no he tropezado nunca con gente de quien mas difícil me haya sido hacerme entender que los Americanos. »

Yo he hablado en Londres y en Paris con extranjeros de muchas naciones y con frecuencia por medio del obscuro conducto de un idioma apenas entendido; pero no me acuerdo de un caso en que me costara tanto trabajo el explicar mis sentimientos, mis impresiones y mis ideas á los que me rodeaban, como me costaba el que me comprendieran los Americanos. Sea cualquiera el grado de fe que merezca mi veracidad, es imposible que comprenda toda la extension de lo que digo con respecto á ese punto quien no haya visitado aquel país. Para comprenderse mutuamente las personas que hablan, menos se necesita en mi entender una misma lengua que un mismo modo de pensar, unos mismos hábitos de vida, ó por lo menos cierta armonía general entre sus ideas y sus costumbres; mientras que en realidad apenas hai un solo punto de contacto ni en simpatía ni en carácter entre los Americanos y nosotros. Pero sin detenernos en las causas, siendo el hecho como yo lo he asegurado, me parece que basta para completar la apología de la obra del capitán Hall contra la cólera

y rabia que ha excitado, y que sus adversarios han expresado tan fuera de propósito y con tan poca dignidad. Ellos no pueden realmente entender ninguna de las ideas del escritor ni apreciar los sentimientos mas triviales del viajero; y por lo tanto no alcanzan á vencerse y creer en la sinceridad de las impresiones que describe. Toman por ironía el candor con que habla y con que sin disputa siente, ó bien desconfían de su veracidad en un todo; rechazan con desden y califican de afectacion la repugnancia que le cuesta herir el amor propio de las personas de quienes ha recibido una acogida cariñosa; y, aunque deben conocer perfectamente en el fondo de sus corazones, que los ha tratado con muchísima menos séveridad de la que habria podido hacerlo sin injusticia, y que estaban infinitamente mas á su merced de lo que él ha querido manifestar, pretenden, hasta entre ellos mismos, que ha exagerado los vicios de su carácter y de sus instituciones; cuando la verdad es, que les ha dado cuartel con un grado de compasion que hace honor á su índole, por mas que ellos no la merezcan; y que al mismo tiempo ha ensalzado sus méritos con la mayor habilidad, siempre que ha encontrado cualquiera cosa que se ha prestado ligeramente á la alabanza. Es fácil comprender porque los principios *toris* que manifiesta el capitán Hall,

incurren en la desaprobacion de los republicanos de América, especialmente (y esto con mui dudoso tino en cuanto á la parte mercantil de la librería, atendido el espíritu reformista de nuestros tiempos) especialmente, decia yo, abrazando una causa y haciendo una profesion de fé política, en que usando la frase quentuqueña « ya á todo el cochino, » ó como si dijéramos, echa el resto, y declarando abiertamente en su capítulo final que no solamente sostiene firme y resueltamente la « Iglesia y el Estado (*), » sino que entiende que la cámara de los comunes de Inglaterra es, ya que no un dechado de todas las perfecciones, por lo menos, la mas perfecta, y mas propia para representar el pueblo tal cual la práctica enseña que el pueblo puede representarse. Un tori anti-reformista tan franco y decidido debia naturalmente parecer una monstruosidad abominable queriendo juzgar las obras del sistema democrático americano, y en efecto como tal ha sido considerado en América, y á lo que he alcanzado á comprender en la misma Inglaterra. La experiencia que el capitán Hall ha adquirido en veinte ó treinta años de viajes por todo el mundo, en nada cuadra á los radicales ni del uno ni del otro lado del Atlántico;

(*) *Church and State*, divisa de los *Toris*, es decir: del partido ultra-aristocrático de Inglaterra.

al contrario, á proporcion del valor de esa autoridad que proviene de la observacion, se irritan de ver que ha añadido su peso contra ellos en la balanza. Si el capitán Hall no se hubiera convertido con lo que ha visto en la América septentrional, abandonando el partido de los *Whigs*, cuya fé profesaba y de cuyos principios ha dado testimonio en su descripción de la América del Sur, su libro habría sido mucho mas popular en Inglaterra, durante el período de estos dos últimos años de excitacion pública : quizas pasará largo tiempo sin que se haga justicia á la obra del capitán Hall, pero acaso no será menester tanto para que en nuestra patria se reconozca su mérito y se fije en ella la atencion nacional.



CAPITULO XXXII.

Expedicion al Niágara. — El Hudson. — West-Point ó Punta de Oeste. — Hyde-Parque. — Albania. — Yanquies. — Cataratas de Trenton. — Rochester. — Saltos de Genesis. — Lockport ó Puerto-Lock.



¡Cuán raudamente se deslizan las horas y semanas en una ciudad como la de Nueva-Yorc, especialmente cuando se disfruta de la amistad de algunas personas, que son del trato mas agradable que hallarse puede en ambos hemisferios! Pero todavía nos quedaba que emprender un largo viaje y que ver una de las maravillas del mundo.

El dia 20 de mayo nos pusimos en marcha para el Niágara. Tanto habia yo oido ponderar la hermosura extraordinaria y superior del rio Norte, que temia llevarme chasco, y encontrar mezquina la realidad despues de tan pomposas descripciones. Mas no alcanza la elocuencia humana á describir bien con todos sus esfuerzos los encantos de la naturaleza en cuadros como los que presenta el Hudson. A cada milla se descubre una combinacion nueva y